

Que inspiran

60 AÑOS
TRANSFORMANDO VIDAS

PLAN INTERNATIONAL
Por la niñez en Ecuador

PLAN INTERNATIONAL

Por la niñez en Ecuador



INTRODUCCIÓN

Plan International nació en 1937 para cuidar a los niños que fueron víctimas en la Guerra Civil Española. Años después también cuidó a los de la Segunda Guerra Mundial.

Para 1962, la organización llegó a Ecuador para asistir a niños y niñas de escasos recursos, aunque en ese entonces el nombre era Plan de Padrinos.

Aterrizó en la ciudad de Guayaquil, para ejercer su acción benéfica en los sectores más pobres de la ciudad. Trabajó en el Guasmo y en los barrios marginales del suburbio, que por asuntos políticos, sus asentamientos habían sido promovidos a pesar de que no contaban con ningún servicio básico.

Para ese entonces, al país ya había llegado el hormigón armado, que reemplazaría poco a poco a las casas de madera tradicionales llamadas "conventillos", desde donde iniciaría la migración urbana hacia los suburbios, impulsada por las primeras propuestas de corte populista de los antiguos caudillos. Los únicos terrenos que el Municipio tenía se encontraban en el oeste de la ciudad, pero estas tierras eran de renta nula, ya que



eran zonas inundables y para habilitarlas había que hacer una gran inversión.

Estamos hablando del Ecuador que no había entrado a la explotación de petróleo, que había encontrado en el banano una fuente de ingresos, que no llegaba a todos. El Estado sufría de una debilidad institucional acentuada, que le impedía generar beneficios sociales para la población en términos de salud, educación e infraestructura.

Sin embargo, en Guayaquil, ya existían varias organizaciones asistencialistas que gozaban del favor estatal y que mantenían una agenda propia en detrimento de las acciones y planificación del Estado. La principal institución cuya agenda se imponía era la Junta de Beneficencia de Guayaquil (JBG, 1888), otras instituciones fueron la Sociedad Filantrópica del Guayas (1849), la Sociedad de Beneficencia de Señoras (1878). La importancia de la Junta de Beneficencia en el sector salud radicaba en que llenaba un vacío dejado por la ausencia estatal en esta materia en el Puerto Principal, ya que el 71 % de la red de hospitales que manejaba el Ministerio de Salud Pública (MSP) se encontraba en Quito y la diferencia era repartida a nivel nacional. Por lo que, instituciones como la JBG cubrían el 57,11 % de los servicios hospitalarios de Guayaquil.

Cuando Plan de Padrinos llegó a la ciudad portuaria, replicó el modelo asistencialista que en ese entonces era visto como desarrollo, cuyas acciones se realizaban a nivel mundial en los países en desarrollo donde tenían injerencia. En el contexto ecuatoriano, las acciones de Plan de Padrinos fueron motivadas por la debilidad institucional del Estado, que no se cumplieron incluso cuando se creó la Junta Nacional de Planificación en



1954, año en el que se incorpora la dimensión social a la planificación económica del país.

Los documentos de planificación subsecuentes que se generaron a partir de esa fecha buscaban solucionar varias problemáticas, como: provisión de servicios básicos, entre estos salud, educación y bienestar social, integración de las clases a la sociedad a través de mejorar los ingresos económicos, cambios en la estructura de la sociedad —como lo propuesto en la Reforma Agraria—, mejorar las condiciones de vida, principalmente de los más pobres del país, a través de políticas modernizadoras, mejorar la provisión de salud, educación, seguridad social y establecer la legislación laboral.

A mediados de 1964, Plan de Padrinos ya contaba con 40 beneficiarios, a quienes entregaba USD 15 mensuales, que eran donados por el padrino en el exterior. Para finales de ese año, ya sumaban 608 niños apadrinados. Además de la ayuda económica, los niños también contaban con asistencia médica gratuita, ropa y se trabajaba con los padres para usaran este dinero para comprar alimentos y educación.

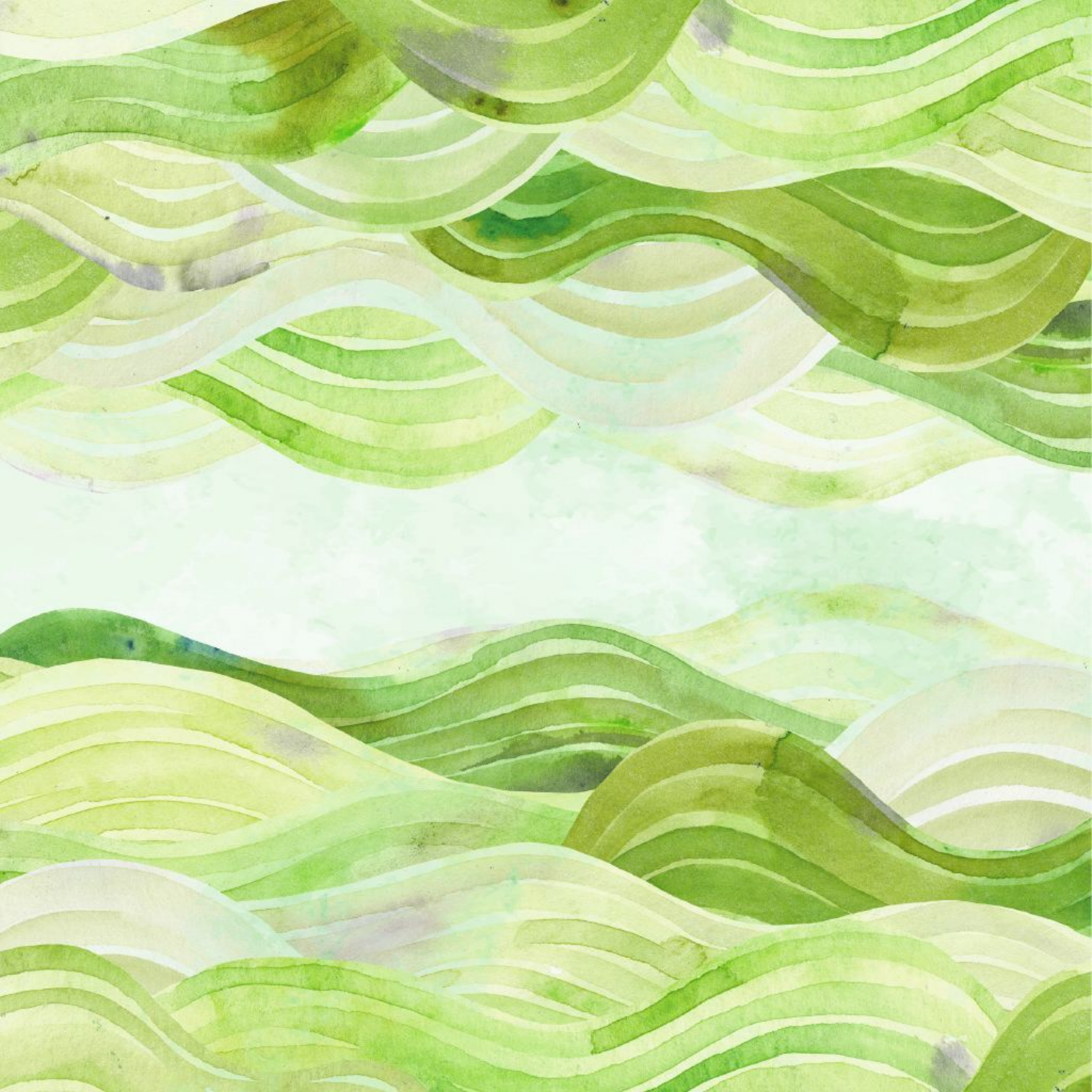
Los primeros niños apadrinados fueron: Ángel Suárez, Giovanny Fonda, Luis Ruiz, Yolanda Medina, Juan Arcentales y Esmirna Martillo. La mayoría de apadrinados estaba hasta los dieciocho años, momento en que recibían su cancelación.

El caso del primer niño apadrinado, Ángel Suárez, fue la muestra de que el poder de las voluntades individuales crean un gran impacto. Él estuvo apadrinado hasta los 18 años. Luego entró a trabajar en Plan International durante 10 años, como secretario encargado de asesorar en la redacción de las cartas que se entregaban a los padrinos. Al salir, se vinculó en otras instituciones de ayuda, como activista social y líder comunitario.

En la década de 1970, el país ya obtuvo grandes ganancias por la venta del petróleo, pero la población ecuatoriana no pudo solucionar sus problemas sociales y económicos fundamentales. Según fuentes de la época, a pesar de que existieron buenos planes de desarrollo también hubo despilfarro de recursos, presiones, conflictos y contradicciones entre los grupos económicos tradicionales. El fin de la década se vio empañada por el retroceso de algunas conquistas laborales y sociales.

Plan de Padrinos hizo un convenio con el Estado para ejercer su labor en los lugares donde este no tenía injerencia, ya sea por descuido o por falta de planificación, en áreas de educación y salud; sin embargo, la organización también trabajó en mejorar las condiciones sanitarias de los barrios pobres de Guayaquil, donde invirtió recursos para terminar los rellenos sanitarios —que hasta entonces se hacían con basura— y realizar otras obras civiles.

Plan de Padrinos firmaba convenios con el Municipio de Guayaquil para rellenar calles, instalar postes de alumbrado





Mishell

Me gusta jugar fútbol. Soy mujer, soy femenina, pero disfruto cuando juego fútbol. Lo mío es estar adelante, como delantera. Siempre que juego anoto algún gol. A 15 minutos de mi casa hay una cancha de tierra, a donde vamos con mis vecinos cuando queremos jugar. Cerca de mi casa hay otra cancha, pero no me gusta ir allá porque hay muchos hombres y me quedan viendo un poco raro.



Siempre he pensado que el fútbol es un deporte hermoso, pero no lo practico de forma profesional, ni siquiera amateur, ya que debería entrenar, pero ahora no tengo mucho tiempo. "Mishell, anda arriba", me dicen mis amigos, y yo me quedo como delantera y meto goles. Me gusta el fútbol tanto como bailar, que últimamente es lo que más hago. Creo que el fútbol como destreza y el baile están muy cerca. En la casa bailo con mi mamá. No todos pueden bailar, pero yo veo que ella lo hace súper bien, y de ella heredé el gusto.

Antes me hubiera dado vergüenza bailar, pero he ido trabajando mi autoestima. Cuando era niña me avergonzaba. Que era una niña cohibida, me decían. Y tenían razón, porque me daba vergüenza dar mi opinión. No participaba en las actividades porque me faltaba confianza, principalmente, para equivocarme. Ahora entiendo que equivocarse es parte del proceso de aprendizaje, y está bien.

Estar en Plan International me ha ayudado a aprender sobre autoestima y confianza, cualidades que yo considero importantes para todos, durante toda la vida. Ya sea en una exposición en el colegio o después en un trabajo, siempre será importante estar segura de mí misma. También he aprendido mucho sobre empatía y compañerismo. No debo juzgar a nadie, ni a mis vecinos ni a mis amigas, ya que no sé cuáles son sus circunstancias, cómo están pasando en su vida, en su escuela o con su familia.

De la misma manera, he aprendido que no debo juzgar a mi padre. Aunque él no ha sido tan machista en su vida, sí ha habido comentarios que denotaban esta cualidad. Conmigo nunca pudo hablar de temas de género o de sexualidad, porque no sabía cómo hacerlo. Al contrario, yo le he ido enseñando lo que he aprendido en los talleres. Esta ha sido una de mis pequeñas trincheras. Mi papá sí ha podido hablar con mi hermano menor sobre temas de sexualidad. Muchas veces escucha las reuniones virtuales en las que participo y me pregunta lo que no entiende. Yo le explico el tema cuando puedo. Sí he visto un cambio en mi familia nuclear, que se ha extendido a mi alrededor, a mis tíos, mis primos, mi abuelita, para quien ha sido un reto hablar de machismo y del rol de la mujer. Siempre que ella me ve en algún video, me llama y me felicita. Sé que apoya mi lucha y esa es su manera de demostrarlo.



Por lo general, en las familias ecuatorianas son machistas y hay mucha desigualdad dentro del hogar. Con el tiempo, dentro de mi familia hemos podido identificar algunas prácticas machistas y las hemos ido cambiando. Me siento bien con ellos porque siempre me han apoyado en esto. Por ejemplo, siempre nos distribuimos las tareas del hogar. Otro ejemplo es que mi papá nunca me prohibió jugar fútbol, al contrario, me incentivaba a entrenar. Él quería que fuera deportista o periodista deportiva. Al final, le salí activista por la igualdad de género.

Ser activista no es fácil, con el tiempo he aprendido que no siempre se debe hablar tan abiertamente. Especialmente en esta época. Yo sostengo mi postura con respeto, pero a veces debo evitar algunos temas porque la gente no está preparada para discutirlos. Lo más seguro es que la otra persona no cambie por los dos minutos que yo hable. Todo requiere un proceso. He aprendido que debo ser cauta para que no me maltraten. La gente a veces es muy sensible cuando escucha que sus acciones están afectando a otras personas.

Por eso, para hablar, para ser activista, debo sentir que el momento es apropiado para opinar libremente. Debo sentirme segura y saber que, aunque la gente no piensa como yo, se va a mantener la línea de respeto. En redes sociales es casi imposible entablar una discusión con argumentos. Ahí cualquier persona puede hablar y tacharte de cualquier cosa. Para mí, el espacio que fomenta





Jeydi

El camino ha sido largo para vencer la timidez y el temor para hacer escuchar mi voz. Cuando tenía nueve años, la magia y los títeres me guiaron por un camino desconocido, en donde descubrí que podía relacionarme con otros niños y niñas.

La primera vez que asistí a un taller de Plan International Ecuador también fue mi primer encuentro con el arte y el teatro. En esa ocasión presté mi voz para animar al títere de una niña que construí durante varias semanas con materiales reciclados.

entendió qué es el machismo y cómo nos afecta como sociedad.

Ahora mi familia está organizada: yo salgo al voluntariado y él se encarga de cocinar o tal vez compra comida. Mi esposo no pone ningún obstáculo para que yo salga. Cosas como estas nos han hecho crecer como familia.

En Plan International Ecuador tuve la increíble oportunidad de certificarme como Formador de Formadores y posteriormente iniciamos la empresa social Camino al Éxito, de la que soy socia y representante legal. Esta empresa nos ayuda a desarrollar nuestras capacidades y tener una vida de calidad, tanto a quienes somos formadores como a quienes asisten a los talleres.

A las 18 personas que hoy conformamos Camino al Éxito, Plan International Ecuador nos ayudó a especializarnos en dos proyectos: Primera Infancia y Zona Libre de Embarazo Adolescente. Por el momento, damos talleres sobre estas dos iniciativas. A mis compañeros siempre les digo que, para inmiscuirnos en otro tema, debemos prepararnos, sentir que estamos seguros de que lo vamos a hacer bien y saber llegar al público.

Sé que me falta mucho por aprender de la empresa social. Aún no me siento una excelente líder, pero estoy en el proceso. Sé que quiero seguir en el voluntariado y ser parte de la empresa social. No ha sido fácil, pero ahora puedo desenvolverme en las conversaciones, contestar con argumentos sólidos o ampliar la información. Siento que he crecido, que estoy haciendo algo productivo para mi parroquia y que he motivado a más personas a que hagan lo mismo.

El voluntariado es aprendizaje y eso me motiva todos los días. Además, he conocido a muchas personas. Agradezco a las voluntarias que me enseñaron y guiaron para realizar estas actividades, que hacemos desde el corazón. Pero, sobre todo, agradezco a mis hijos, que, con su nueva visión, me enseñaron otro camino para mi vida.





Blanca

Soy una mujer orgullosamente indígena. Siempre luzco mi vestimenta con alegría, porque es de la comunidad que me representa y la tierra que llevo en el corazón.

Pertenezco a la nacionalidad Puruhá y, a donde quiera que vaya, me verán con un sombrero, baeta, blusas, un collar blanco, falda y alpargatas, que, si voy al campo, cambio por botas.

Me llamo Blanca, pero de cariño me dicen Blanquita. Tengo 48 años. Pertenezco a la comunidad Pancún Ichubamba, de la parroquia Cebadas, cantón Guamote, en la provincia de Chimborazo. Es una





zona rural, poblada por indígenas nobles, fuertes y guerreros, a pesar de todas las necesidades que afrontamos.

En mi casa somos seis hermanos y, con mucho coraje, mi mamá nos sacó adelante a todos. Mi niñez estuvo marcada por momentos difíciles, por ejemplo, me retiré de la escuela porque no teníamos dinero. La retomé a los 15, pero esta vez estudiaba a distancia.

En el bachillerato conocí a mi esposo, nos enamoramos, dejé de estudiar y me fui a vivir con él. No puedo decir que todo fue perfecto, hubo dificultades, pero siempre logramos resolverlas y éramos una familia feliz. Con él tuve tres hijos: un varón, que ahora tiene 28 años, y dos mujeres, de 26 y 24 años. Vivía como ama de casa, cuidaba a mis hijos y realizaba las labores del hogar.

Sin embargo, el mundo se me vino encima el 6 de julio de 2009, cuando mi esposo murió en un accidente. El dolor fue insuperable y, a pesar de que han pasado 13 años, todavía me afecta. Me quedé sola y tuve que ser padre y madre. Fue muy duro porque tuve que esforzarme y trabajar fuertemente para sacar adelante a mis hijos. Mi mamá y mis hermanos fueron fundamentales en esta parte de mi vida.

En este proceso supe de Plan International y pude ingresar como voluntaria en 2013. Mi vida cambió durante ese año, porque descubrí temas que eran desconocidos para mí, por ejemplo, la equidad de género, los derechos de los niños y niñas, la autoestima, el emprendimiento, entre otros. En estos espacios, fui tomando mayor confianza, dejé la timidez, empecé a creer en mis habilidades y me convertí en una lideresa.

Los talleres y reuniones han sido espacios de aprendizaje mutuo. Compartimos nuestras experiencias y hacemos dinámicas con los niños y las niñas, para que también se interesen por los temas.

En mi comunidad trabajamos para concienciar sobre el maltrato infantil y frenar el embarazo adolescente, porque son niñas que terminan cuidando de otros niños y deben dejar sus sueños a media marcha.



Rosa

Nací hace 53 años en medio de las montañas verdes de la parroquia de Simiatug. Desde muy pequeña, en mi comunidad aprendí a luchar contra las injusticias, primero contra la discriminación que sufrimos como indígenas por parte de los mestizos en las haciendas de Guaranda, provincia de Bolívar y, segundo, el machismo que ha habido en mi propia comunidad.

Esto me impulsó a soñar, hasta ocupar un cargo público. Desde el Gobierno Parroquial de Guaranda he impulsado programas que reduzcan el machismo en mi cantón. Las indignantes escenas que vi cuando era adolescente se ven con poca frecuencia en la actualidad. En ese entonces solo contemplaba lo que sucedía, porque mi transformación y empoderamiento ocurrieron en mi

adultez, cuando ya tenía un hogar y tres hijos —años después, dos más se sumarían a mi familia—.

En Simiatug había cantinas por doquier y el alcoholismo era muy fuerte. Afuera de los bares, las mujeres esperaban a sus esposos, cargadas con sus hijos y jalando su caballo. Mientras tanto, el hombre se gastaba el dinero en licor y, cuando volvía a casa, pegaba y maltrataba a su esposa. Los hombres mandaban a callar a las mujeres y nos decían: "calle, usted no sabe", "calle, no opine", esto aún pasa y la voz de la mujer es ignorada.



En medio de esta realidad y las dificultades económicas que atravesaban mis padres, yo abandoné la escuela después de terminar la primaria, los años pasaron y no regresé. Cuando cumplí 15 me casé con el hombre que hasta ahora es mi marido. A los 21 nació mi primera hija. Al año siguiente tuve un hijo y luego vino el tercero. Me dediqué a ser ama de casa y apoyar a mi esposo que en aquel entonces era profesor.

No imaginaba que 30 años después sería vocal del Gobierno Parroquial de Bolívar y vicepresidenta de la Comisión de Vialidad de mi parroquia. Llegar ahí fue un proceso en el que comencé a entender la importancia de valorarme y de tener la autoestima bastante alta. Comprendí que todas las mujeres debían pasar por ese proceso, que no es fácil. Cuando Plan de Padrinos llegó a mi comunidad, allá por la década de 1970, yo no me había involucrado; pero en el año 2000, cuando ya se llamaban Plan International Ecuador, empecé a trabajar en la organización. Comencé como voluntaria que, principalmente, ayudaba a los niños a hacer cartas para que los patrocinadores extranjeros les ayuden económicamente de forma mensual. También, hicimos algunas obras de infraestructura, como aulas y baterías sanitarias.

En medio de ese trabajo para mejorar los derechos y el bienestar de la niñez, a las voluntarias también nos hablaban sobre nuestros derechos, como el de estudiar. Los talleres de Plan International Ecuador abrieron mis ojos cuando aprendí que era valiosa y que tenía y debía adueñarme de mi misma; es decir, me impulsaron a tomar mis propias decisiones y que nadie las tome o piense por mí. Entendí que mis decisiones debían ser respetadas. Gracias a los talleres poco a poco mi confianza y autoestima fue aumentando y, lo más importante, fortaleciéndose. Estos aprendizajes, no solo los recibí yo, sino mi hija a quien también inscribí en los programas.

Aunque ahora mi memoria me falla un poco y ya no recuerdo en qué año pasaron las cosas, sí recuerdo los eventos que cambiaron mi vida. Plan International Ecuador apostó por dar casas a sus beneficiarios como parte de uno de sus programas, yo y mi hija estuvimos entre las afortunadas. En aquel entonces yo no trabajaba de manera formal —me dedicaba al cuidado del hogar—, y únicamente vivíamos del sueldo de mi marido, que continuaba como profesor del área rural. Para aquel entonces ya éramos seis en la familia.

Con los años, dejamos la pequeña comunidad de Potrero, donde nací, porque fui a buscar un trabajo en el cantón. En



aplicar para trabajar en Plan International Ecuador. Mi deseo de entrar era tan fuerte que acepté la posición aun cuando la mejora del sueldo no era mayor. Había estudiado Psicología Educativa en la universidad, lo que me llenaba de orgullo, porque fui el primer profesional de mi familia. Luego se graduaron dos hermanos más, otro está terminando la universidad y solo uno no pudo obtener el bachillerato.

Me casé a los 24 y tuve tres hijas. Luego me divorcié. Sin advertirlo, había aprendido algunas formas sutiles de machismo, pero no me daba cuenta. Una vez, cuando mi hija mayor estaba chiquita, se pintó las uñas. Nosotros veíamos el noticiero después de comer y me di cuenta de lo que había hecho. Le dije: "Mi amor, ¿y a usted quién le dio permiso para pintarse las uñas?". Ella me contestó: "Pero, papá, si las uñas son mías ¿por qué tengo que pedir permiso?". Me quedé frío, pensé en su respuesta y me di cuenta de que ella tenía razón. De esta manera se abrió una relación de mucha escucha y de una revisión constante de mis comportamientos, a la luz de lo que ellas me decían. Mi relación con mis hijas ha sido muy amorosa, con mucho juego y diversión y, al mantener una apertura hacia ellas, han tenido la confianza para decirme lo que piensan y han ido educando mi comportamiento.

Ahora mis hijas son profesionales. La una es licenciada en Administración, la otra es médica y la última es psicóloga. Ellas me preguntan cómo fue mi vida de niño y yo les cuento muchas historias de esa época. Les he hablado de cómo eran mi mamá y mi papá, y les he contado que yo limpiaba cuando me tocaba y que aprendí a cocinar desde pequeño. Por eso, siempre cocino cuando ellas me visitan.

En la casa de mis padres éramos pobres. Tuvimos una deficiencia total a nivel de infraestructura en los primeros años de vida; si bien íbamos a la escuela, no teníamos recursos didácticos ni tecnológicos; la salud la cubríamos con deficiencia, teníamos lo justo para alimentarnos y no teníamos acceso a la recreación ni a la cultura. Lo máximo que podíamos hacer era ir en bus a Esmeraldas, donde los familiares de mi papá, y comer lo que nos daban el mar y la tierra. Por eso, en mi casa había el pensamiento de que solo la educación nos iba a sacar adelante. En esto, mi padre se lleva el crédito, porque nos decía que debíamos ponernos metas y esforzarnos para alcanzarlas.

Ahora entiendo que la educación escolar es muy importante, pero la vida cambia cuando se trabajan también las habilidades, la autonomía para aprender y la confianza en uno mismo. Por eso, siempre apoyo a todos a que desarrollen y cumplan su proyecto de vida. Algunos patrocinados ahora trabajan conmigo. Han cambiado su vida con esfuerzo y trabajo. Sé que cuando un joven se empodera será capaz de salir adelante, lo he visto en mi familia y con mis hijas y, sobre todo, en mi propia vida, ya que fui un niño pobre, trabajé ingresé a la organización como técnico y ahora soy gerente de la PU Guayas y Los Ríos.



Raquel

Mi trabajo como Gerente de Programas de Emergencia en Plan International Ecuador me encanta, pero mi historia en la institución va más allá del trabajo. Nací en la comunidad Marcopamba, en la provincia de Bolívar, en la sierra ecuatoriana. Marcopamba es una zona muy verde, llena de sembríos de maíz. Ahí viven unas 50 o 60 familias que se dedican a la agricultura y la ganadería. Como en todo pueblo pequeño, tenemos una escuelita, una casa comunal y una iglesia. Con los años, hemos logrado tener un sistema de agua potable y de regadío.

Yo fui Niña Plan, o sea, fui patrocinada por la organización. Recuerdo que cada mes, llegaban los promotores de la organización a dejarme cartas y detalles de mis tres madrinas,

CONCLUSIONES

En seis décadas de presencia en Ecuador, Plan International ha logrado transformar la vida de miles de personas en forma positiva. Un hilo conductor de las historias presentadas en esta publicación es, precisamente, el cambio en varios ámbitos: el personal, el familiar, el laboral. Más aún, las personas que participaron en nuestras iniciativas, en especial las niñas y las jóvenes llevaron ese cambio a sus entornos para generar mejores condiciones en su barrio o comunidad. No importa si las personas participaron un tiempo más corto o más largo en los programas de la organización, la transformación se operó de manera constante y consciente para ser seres humanos más resilientes y fuertes, para perseverar hasta conseguir sus metas o sus sueños, para mejorar las condiciones de su familia y entorno. Es algo que nos llena de orgullo y queremos continuar haciéndolo con más fuerza en los años venideros. Para ello requerimos el apoyo de toda la sociedad ecuatoriana.

El empoderamiento logrado a través de las diferentes metodologías aplicadas, ha resultado en jóvenes listos para lograr su autonomía económica y social, para encarar dificultades y para encontrar soluciones a los retos que enfrentan día a día. Son jóvenes que no tienen miedo a hablar en público para pedir, y a veces exigir, el cumplimiento de sus derechos. A la vez, son jóvenes solidarios con capacidad y voluntad de ayudar a otras personas que están pasando por adversidades; son generosos, comparten sus experiencias de éxito, las cuales inspiran a recorrer caminos similares.

Aspiramos a ver crecer el Movimiento Por Ser Niña y a que se consolide como una voz respetada y referente de la igualdad. Queremos el Movimiento en todo el país siendo escuchado por la sociedad y por las autoridades.

Hemos avanzado mucho en mejorar las condiciones de vida de niños, niñas y adolescentes en el país. Nuestro andar se ha fortalecido a través de estas seis décadas. Hemos innovado y nos hemos enfocado en el desarrollo de las habilidades blandas y de las capacidades que permiten superar de mejor manera las adversidades.

Plan International Ecuador muestra una gran capacidad para responder a las comunidades a las que se pertenece; cambia de acuerdo al contexto del país y del mundo para avanzar en una propuesta de desarrollo adaptada a la realidad donde opera y al avance de las teorías de desarrollo a nivel global. Esta flexibilidad le permite responder con efectividad a contextos muy diversos en cuanto a lo urbano y rural, a las situaciones de emergencia, como el terremoto del 2016 y la pandemia del covid-19, a las nuevas tecnologías, a la crisis migratoria venezolana, entre otras.

Nuestro trabajo centrado en la educación nos ha permitido brindar oportunidades de acceso a la escuela, bachillerato y la universidad a miles de niñas, niños, adolescentes y jóvenes. De la misma manera, los esfuerzos realizados para fortalecer sus capacidades han dado los mejores frutos y nos encontramos a cada paso con jóvenes fuertes, resilientes y líderes de las causas de los derechos de la niñez y de la igualdad para las niñas.manera las adversidades.

Tenemos a la tecnología como aliada. En los siguientes años, queremos utilizar más tecnología en nuestras iniciativas. Ya lo probamos durante la pandemia del covid-19, ejecutamos con éxito nuestros programas de capacitación a través de medios virtuales. Seguiremos incorporando herramientas tecnológicas que nos permitan llegar a más niñas y niños con proyectos de calidad. De igual manera, requerimos fortalecer nuestro trabajo en masculinidades positivas para avanzar en la igualdad de género. Necesitamos a los niños, jóvenes y hombres adultos como aliados estratégicos en la construcción de una sociedad más igualitaria. Las niñas y niños necesitan padres cercanos, que no hacen diferencias entre sus hijos e hijas y los impulsan por igual.

Plan International Ecuador genera habilidades en todos los entornos donde trabaja, deja capacidad instalada en cada grupo humano con el que interactúa para que ellos lo lleven más allá, a más personas. Dos ejemplos incluyen al Movimiento Por Ser Niña, que cuenta con más de 600 líderes en 10 provincias del país y al voluntariado que ha incrementado significativamente sus capacidades para implementar proyectos exitosos.

PLAN INTERNATIONAL

Por la niñez en Ecuador

60 AÑOS

TRANSFORMANDO VIDAS

Publicado por Plan International. Todos los derechos reservados.